

AÑO XXII.—NÚM. 6458

18 DE NOVIEMBRE DE 1882

REDACCION, MAYOR

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 18 de Noviembre de 1882

La decadencia de España

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
á igual época del siglo XVIII.—o—
LIII.

La política de Richieleu abrazaba dos objetos al hacer la guerra á España, contrarrestar á esta en sus atrevidos proyectos y abatir la causa de Austria. Para ello procuró atraerse las simpatías de los holandeses, de los suecos y de los protestantes de Alemania, á todos los cuales proveyó de subsidios para que no hicieran paz ni tregua con el emperador ni con Felipe IV; semejante alianza con los enemigos de la religión hizo que el nuncio del Papa dijera al cardenal ministro: «es extraño y escandaloso que por los consejos de un cardenal se ayuden todos los hereges de Europa con detrimiento de los católicos, sobre todo en una causa que interesa á la religión;» á lo cual añadió el embajador de España: «como autor de una guerra deplorable, dejéis memoria de un cardenal del infierno.» Soy sacerdote, respondióle Richieleu, y buen católico, nacido en Francia pero también soy ministro del soberano de este Estado, y como tal, no debo, ni puedo proponerme otro objeto que su grandeza, y no la del rey de España, de quien se conocen las miras de dominación universal.

Comenzó la guerra á un mismo tiempo en todas las fronteras, señalándose por la parte de los franceses con las victorias de Auvein, de Fornavento y de Montbaldou, estas tres últimas ganadas por el duque de Saboya que se había declarado en favor de Luis XIII; y por la de los españoles por la invasión de la Picardía y la posesión de la Capelle, de Roye, del Catelote y de Corbié; pero la ventaja estaba del lado de estos que con tales triunfos se pusieron á treinta leguas de París.

Entonces fué cuando Richieleu mostró toda la grandeza de su genio, organizó con pasmosa rapidez un ejército de cincuenta mil hombres, hizo que se pusiera á su frente al mismo monarca, y recobrando Corbié, salvó la capital de su reino; los españoles volvieron á repasar el Pirineo.

A poco, el príncipe de Condé salvó la empinada barrera, se apoderó de Irún y de Pasages y pone sitio á Fuenterrabía; pero tuvo que levantar tiendas á la aproximación del almirante de Castilla. Igual fracaso padeció el mismo príncipe ante las murallas de Dole, ciudad del Franco Condado, que abandonado á sus pro-

pias fuerzas, peleaba en lucha desigual contra los ejércitos de la Francia. El caudillo francés, después de haber ensayado todos los medios de abatimiento y de terror, incluso incendio, tuvo que retirarse corrido de no haber podido rendir aquel baluarte, defendido solamente por su viejo arzobispo, y las milicias civiles dirigidas por un corto número de oficiales españoles.

En este sitio se vió á los franceses emplear el bárbaro medio del bombardeo. Son curiosas las noticias que dá de este elemento de guerra un escritor de aquellos tiempos. Dice así:

«Con la mayor diligencia se condugeron bombas en bastante cantidad, que se hacian en diversas fraguas no léjos del campo francés. Son máquinas de hierro fundido en forma de cilindro, dentro de las cuales se encierra una cantidad de pólvora y en el orificio que ellas tienen en una de sus extremidades se introduce una larga espoleta, que se quema con lentitud.

Esta máquina se arroja al aire con un mortero de grueso calibre, y elevándose á toda la altura, que la fuerza del mortero ha podido permitirle cae en el punto que el disparo tuvo por objeto, si la dirección es cierta, ó en otro inmediato, y por su posantez hunde techos, derriba paredes, y aun en el suelo de las calles profundiza tres ó cuatro piés si la espoleta arde hasta llegar á la pólvora, revienta con grande explosión destrozando el interior de las casas y las personas, cuando son bombas ó granadas de las mayores, como lo eran las que se lanzaron á la ciudad, pues muchas de ellas llevaban en su hueco cincuenta y más libras de pólvora, y cerca de trescientas de peso. Una de las primeras que cayeron, fué en la calle de Arasus; y tardando en reventar, las personas atrevidas que se le acercaron en bastante número fueron hechas pedazos. Con intervalos de momentos se veían las bombas en la altura del aire, á manera de pájaros negros, y al caer estos rayos hacían horribles estragos por todas partes. Se situaron centinelas para que avisasen su venida; pero era difícil evadirse á la caída, como imposible evitarla.»

Esta es la tercera vez que el mundo contemplaba horrorizado este espectáculo; la primero se dice lo fué en el sitio de Mezieres en mil quinientos veinticinco, y la segunda en el de la Motta en mil seiscientos treinta y cuatro.

Estos y otros horrores atrajo Richieleu sobre el Franco Condado; quería esta provincia para ampliar las fronteras de la Francia hasta el Jura, y sobre ella cargó todo el peso de la guerra tal empeño del ministro y la resistencia del país, lle-

varon las cosas al extremo de la desesperación. Dejemos aquí hablar á un testigo ocular, Girardot de Noseroy.

«Sin embargo, dice, de que el barón de Aubespín y todos los correos que se dirigían á España iban y venían y de que el rey sometió al Consejo los diferentes pensamientos de sus ministros, el hambre descargaba sobre la Borgoña, (Franco Condado) por que el país estaba arruinado, sin ganados ni siembras, y los lugares se abandonaban á causa del miedo y horror á las gentes de armas, pues en diversos puntos habían intentado resistirles los paisanos, resultando de aquí el incendio de sus pueblos, la muerte de sus hijos, y la violencia de sus mugeres por las naciones setentrionales y bárbaras. Las montañas que habían estado libres del ejército enemigo, y aún de partidas, experimentaron mortandad de ganado, que era toda su riqueza, y no se veían más que muladares amontonados con sus despojos; así permitía el cielo que lloviesen de todos modos las influencias malignas...»

«No crea la posteridad, añade, que los ricos poseedores de muchas haciendas, que en el principio habían ahorrado sus ganancias, estaban arruinados; que los paisanos pobres se hallaban retirados en las ciudades y villas sin trabajo ni alimento que el trigo escaseaba mucho y se vendía á precios desmedidos, y que se vivía con las verduras de las huertas y con las yerbas de los campos. Los animales muertos eran buscados en los muladares; pero esta mesa no permaneció puesta por mucho tiempo. Las puertas de las ciudades se tenían cerradas, para no verse agobiados por el número de los hambrientos que venían á refugiarse y los caminos hasta media legua de distancia de estos pueblos estaban cubiertos de personas macilentas y enflaquecidas, tendidas en tierra la mayor parte de ellas y muriéndose de inanición.»

«Los perros y los gatos eran en las ciudades y villas manjares delicados, y después las ratas estaban en auge y se requisaban con mucho empeño. Yo mismo he visto gentes bien vestidas que recogían en las calles ratas muertas, arrojadas por las ventanas de las casas y las guardaban para comerse las. Finalmente, se llegó á la carne humana, primero en el ejército donde los soldados muertos servían de pasto á los otros... en algunos lugares se descubrieron asesinatos de niños, ejecutados por sus mismas madres para libertarse de la muerte, y de hermanos por sus hermanos; el aspecto de los pueblos era en todas partes el de la destrucción.»

El escritor que nos ha suministrado los anteriores apuntes, aunque

francés, que desempeñó el cargo de intendente de los ejércitos que operaban en el Franco Condado, era enemigo implacable de Richieleu, y partidario de la causa de España. Su relación pone de manifiesto el abandono en que Felipe IV tenía aquella provincia. Con efecto todas las fuerzas españolas se habían reconcentrado para las resistencias en las ciudades de Besanzon, Fray Dole y Salins, dejando de este modo al país abierto á las escisiones devastadoras de los franceses, de los alemanes y de los suecos; y si alguna vez se requirió al gobernador Sarmiento para que saliera á contrarrestar al enemigo, respondió: *Nec genus deminorum non ejecitur nisi in jejuniis* y á la verdad que no se engañaba en sus cálculos; el hombre que devotaba al país, de tal manera se cruzó también a las tropas extranjeras que las proximidades del invierno tenían que abandonar aquel territorio.

Cuando el duque Weimar, penetró en él con numeroso ejército, con intento de restablecer el antiguo reino de Borgoña, todavía encontró á los españoles atrincherados en las plazas fuertes que servían de baluarte á las provincias. Su empresa por tanto comenzaba sin dificultades, y la providencia parecía querer favorecer sus planes. «El cielo, dice el citado Noseroy, que acostumbra á enviar largos inviernos á nuestras montañas, y proveerlas de grandes acumulaciones de nieve, levantó su mano este año, (1639) tanto, que en los meses de Enero y Febrero, no solo se vieron nuestros montes sin nieve sino que reinaba en ellos un aire templado y sereno. Weimar supo bien aprovecharse de estas ventajas, consiguiendo en poco tiempo hacerse dueño de muchos pueblos, á su paso por ellos iba estableciendo el culto protestante, y hacían que se tocasen las trompetas en lugar de las campanas, para llamar á sus suecos, y á sus alemanes al sermón; y sabe Dios hasta donde hubieran llevado sus triunfos, si no le sorprendiera la muerte en medio de ellos. Los partidarios de España atribuyeron esta muerte á la venganza divina, por los incendios de Saint Claude y Pontaslier llevados á cabo por Weimar.

Así pudo ser, piadosamente pensando; pero acaso los que levaron tan altos sus juicios, no tuvieron presente los incendios de Amberes, ni aquella máxima de Jesucristo de que *quien á hierro mata, á hierro morirá.*

MANUEL GONZALEZ.

HABERES DE LOS MAESTROS.

—o—

Con arreglo á lo prevenido en el art. 2.º del real decreto de 15 de Junio último y en la disposición 3.ª transitoria de la real orden de la misma fecha, se establece en la capítu